

El lector que siga de forma habitual CUENTA Y RAZÓN, o más concretamente esta

## Libros recientes sobre humanidades y ciencias sociales

sin embargo, lo que se ha aprecia-

de las empresas

sección de la revista, recordará que concluíamos en su editoriales en determinados géneros.

El peligro es, sin anterior edición con el presagio acerca de una verosímil duda, dejarse arrastrar por la moda o saturar en exceso contracción del mercado editorial después de una Feria la oferta, no siempre de calidad. Pero de momento, del Libro no muy prometedor. De momento, afortunadamente, aparece tan sólo en lontananza.

JAVIER TUSELL

### Memorias

No hay género más cercano a la sensibilidad actual, individualista e intimista, que el de las memorias. Como el centro de la atención mundial está dirigido hacia cuanto sucede en la URSS, bueno será que nos refiramos a dos libros relacionados con lo que allí ha sucedido de modo inmediato.

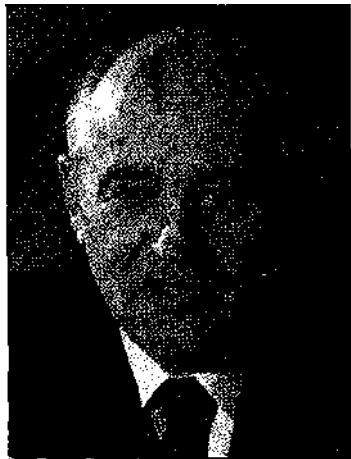
El primero es el de *Mijail Gorbachov*, «*El golpe de agosto y sus consecuencias*», Barcelona, Ediciones B, 1991, 279pp., cuya importancia para la interpretación de cuanto allí ha sucedido no necesita ser recalcada. Lo mucho que ha cambiado la situación en la URSS se puede apreciar en el abismo que media entre su primer libro de éxito mundial, «*Perestroika*», y éste que ahora comentaré.

La aparición en todo el mundo y, por tanto, también en España del último libro de Gorbachov ha coincidido, en la práctica, con su

desaparición como personaje político mundial. A él le corresponde, por tanto, una condición testamentaria que le dan las circunstancias, pero también su propio contenido. Este es, en efecto, lo que podríamos denominar como un «libro-basura», que no aporta revelaciones acerca del golpe de Estado, ni propuestas políticas; está, además, hinchado artificialmente por el procedimiento de dotarle de un amplio apéndice e incluso de una narración de acontecimientos escrita por un periodista español que es más amplia que el texto atribuido al propio líder soviético. Además, el libro, por otro lado, resulta inconsistente, mal redactado y apresurado. Es significativo, sin embargo, que Gorbachov lo haya escrito de cara a un público occidental y no al de su país, porque eso testimonia una realidad que siempre ha caracterizado a su gestión: la de obtener unos éxitos fuera que le eran vedados dentro. A pesar de todo ello el libro tiene

un indudable interés, más que por lo que dice o propone, por lo que transparente. Como dice Manu Leguineche en el prólogo, Gorbachov resulta una figura patética precisamente por ser el hombre que se ha identificado con una transición. Pero de nuevo en este texto como en otros anteriores, y sobre todo en su propia actuación, lo que en él más se evidencia es una patente fragilidad. Cuando se produjo el golpe ya Mijail Gorbachov era un político superado por los acontecimientos como se demuestra por el diagnóstico que hacía acerca de la realidad soviética. Dice que el Partido Comunista carecía de autoridad por no proceder de una elección, pero él mismo no había obtenido su poder a través de un tipo de elección mínimamente homologable con la democracia; se queja de la dilatoria e inconsistente política seguida en la aplicación de la «perestroika», pero la realidad es que el principal culpable de ello era él mismo. El libro

nos descubre cuál era su planteamiento estratégico. Consistía en sumar a los conservadores evitando que se desmandaran hacia un golpe de Estado por el procedimiento de ponerse a su cabeza. En estas condiciones no puede extrañar que haya habido quien ha pensado que podía estar en connivencia con los conspiradores; de hecho admite haber recibido la sugerencia de alguno de ellos de que le dejara hacer el «trabajo sucio» para luego poder volver a Moscú a recuperar el poder. \* Más que el texto escrito por Gorbachov en esta ocasión para el libro resulta muy representativo de su postura lo que escribió en un artículo escrito en Crimea, pocos días antes del golpe. Llama en él la atención su vinculación, todavía patente, con el comunismo: cita, en él, dos veces a Lenin y seguía pensando que lo malo de la trayectoria de la URSS era tan sólo Stalin. Junto a estas reliquias del pasado, hay en ese artículo una gran ausencia: la de ideas con las que enfrentarse al presente de su país. Todo queda en una apelación patética a no volver atrás, pero no da ninguna pista de cómo se podría ir hacia adelante. Pero, por si fuera poco, Gorbachov da la sensación de no haber entendido que tras el golpe ya nada podía ser igual. En efecto, considera que éste no ha sido otra cosa que una «parada de emergencia» que hubiera podido tener la ventaja de convencer a Occidente de la urgencia en prestar ayuda a la URSS. No puede extrañar que al final haya sido preciso prescindir de él. Ha caído por su posición acerca de las nacionalidades, pero la razón bien hubiera podido ser cualquier otra. Se trataba de un hombre del pasado incapaz de hacer una transición cuya necesidad, sin embargo, había hecho bien patente. De este libro escrito por un político que ha tenido un protagonismo esencial en la política de su país debemos pasar al de un per-



Mijail Gorbachov.

sonaje al que cabe denominar con justicia como un héroe de nuestro tiempo y que, en realidad, ha tenido un protagonismo semejante, aunque no sea tan fácilmente aceptado en algunas latitudes como España. Se trata de *Andrei Sajarov, «Memorias», Barcelona, Plaza y Janés-Cambio 16, 1991, 995 pp.*

El libro tiene, sin duda, el pecado de ser demasiado extenso; leyéndolo se tiene la sensación de que los rusos tienen una tendencia hacia el desbordamiento literario que les condena a ser incapaces de escribir textos inferiores a las quinientas páginas de extensión. A menudo, en él, el lector se pierde en vericuetos que parecen de-

masiado personalistas o en minucias que en otro podrían parecer maniáticas. Sin embargo, cuando lo acabas, tienes la sensación de que ha pasado por tus manos la experiencia biográfica de todo un héroe de nuestro tiempo. Le ves en la portada con mirada de determinación, aspecto desgachado, una media sonrisa de bondad y un aire desprotegido y frágil. Este hombre, Andrei Sajarov, no sólo fue un ejemplo moral y humano; además ha contribuido de manera importante a hacer posible la libertad de los habitantes de la antigua Unión Soviética y a aliviar los males de una Humanidad entregada a la espiral del armamentismo y la confrontación. Cuando su vida se extinguió, para muchos fue como si desapareciera un opositor más de un régimen establecido, por dictatorial que fuera. Pero Sajarov en su vida demostró ser mucho más que eso: resultó la prueba definitiva de que la persona humana puede imponerse con la razón y la entereza moral a las condiciones más adversas.

La vida de Andrei Sajarov viene a ser una metáfora de la tragedia de la Humanidad durante el siglo XX. Lo que llama la atención del planteamiento que hace de sus primeros años es la naturali-



Sajarov.



Ciudadanos rusos haciendo cola en la Plaza Roja.

dad con la que explica las circunstancias que vieron nacer la dictadura totalitaria estalinista y el modo espontáneo como él se integró en una «nomenklatura» privilegiada en la que desempeñó un papel de primera importancia. Fue la ilusión revolucionaria y la presión exterior; la barbarie y la ignorancia las que se combinaron en hacer posible aquel régimen que hizo desaparecer de la tierra decenas de millones de seres humanos. Y podía haber eliminado a muchos más puesto que ese régimen contaba con unas armas poderosísimas que el propio Sajarov contribuyó a crear. No se planteó en un primer momento ningún reparo moral respecto de la bomba atómica soviética de la que fue principal inventor. Debía ser para él un instrumento bélico más.

Pero lo que vino a continuación constituye una prueba de que la razón, cuando viene acompañada de la fortaleza, es capaz de mover montañas. Sajarov llegó al compromiso político principalmente como consecuencia de su propia tarea como científico nuclear. Comprobó los peligros que encerraba para la Humanidad, no ya el empleo del arma nuclear, sino las pruebas de ella a cielo abierto. Sus primeras acciones que bor-

dearon el terreno de la política tuvieron que ver con esta cuestión, pero pronto pasó a reivindicaciones sobre las libertades y los derechos de la persona. La gestación de su postura le debió resultar complicada y agónica en extremo; era inevitable que así fuera porque sólo tenía el apoyo de la razón y de la palabra para sus peticiones. Creyó en un momento en la posibilidad de la convergencia entre los dos sistemas. Pero, al final, su posición era la de un demócrata, en el sentido occidental del término, que criticaba, con razón, muchas de las posturas adoptadas por los pacifistas del otro lado (o a sus gobiernos, que también erraron y mucho). Sajarov, por ejemplo, siempre advirtió a los en exceso optimistas de que la Unión Soviética era una sociedad cerrada y totalitaria, imprevisiblemente peligrosa en sus acciones.

Especie de Gandhi contemporáneo, el modo de protesta de Sajarov fue siempre la expresión, moderada y pacífica, de una discrepancia, aun tan minoritaria que solía reducirse a unas docenas de personas. Consistía en, por ejemplo, lo que hizo el 15 de diciembre de 1966: ir a la plaza Pushkin de Moscú y descubrirse la cabeza durante un minuto en testimonio de solidaridad con los presos de conciencia, aun sabiendo que la mitad de los supuestos manifes-

tantes eran de la KGB. Iba a los juicios de los disidentes, a pesar de que le impedían la entrada, y, sobre todo, escribía mucho a todos, a dirigentes de su país y de todo el mundo. Como era todavía un privilegiado en la sociedad de la «nomenklatura» y, además, toda una personalidad mundial, tenía la ventaja de no ser perseguido con la brutalidad con que lo fueron otros. Le disminuyeron el sueldo, le robaron sus papeles, le estropearon el coche o le pusieron pegamento en su cerradura para que no pudiera utilizarlo; la KGB le enviaba borrachos para que le insultaran, le oía las conversaciones o le impedía el uso del teléfono. Eran inconvenientes, más que amenazas de muerte; pero tenían el inconveniente de ser cotidianos, una forma de tortura refinada que sólo su tenacidad en la resistencia pudo superar. Al final, como es sabido, se le exilió en Gorki. Merece la pena recordar que, según cuenta, sólo el apoyo de su mujer le hizo mantener incólume su voluntad de resistir: como en el caso del protagonista de «1984», de Orwell, fue el amor, la relación humana más auténtica y plena, el que le permitió superar la dictadura totalitaria. Sajarov nunca fue un político profesional; por eso dudaba y a menudo se arrepentía de lo que había hecho inmediatamente antes. Pero por eso también tenía como únicas guías en su acción el criterio moral y lo que él llama «la investigación irrestricta», es decir, la razón conquistadora de la realidad tal como es. Sin duda con estas dos armas consiguió, de manera lentísima pero profunda, influir en el posterior desarrollo de su país. Gorbachov ha dejado un balance positivo, pero el suyo lo es mucho más. La razón es bien clara: el primero ha contribuido a hacer posible la paz, pero Sajarov es hoy un ejemplo también para quienes viven en democracia. Hay un momento en que cita la frase de Goethe: «sólo merece la



Gregorio Moran.

vida y la libertad aquel que cada día lucha por ellas». Y el lector piensa si ese pensamiento no debiera guiar a tantos políticos de los países democráticos.

### Ensayo

Del género memorialístico podemos pasar a ese cajón de sastrería que es el ensayo. Hace tiempo que el crítico echa de menos la aparición de una interpretación de la presente realidad española auténticamente brillante y original. Parece como si el pensamiento débil hubiera hecho mella en nosotros. Y el libro de *Gregorio Moran*, «*El precio de la transición*», Barcelona, Planeta, 1991, 254 pp., no desmiente esa sensación, sino que la confirma. El periodista Gregorio Moran ha sido, en los últimos años, autor de una serie de libros de cierto impacto en la opinión pública. De ellos el más interesante, por la riqueza de fuentes utilizadas, ha sido «*Miseria y grandeza del PCE, 1939-1985*», que todavía puede considerarse como el estudio más completo del comunismo español desde el interior del propio partido. Aunque no pasaba de ser un reportaje, también «*Los españoles que dejaron de serlo*» tenía su interés como aportación al estu-

dio del País Vasco. En cambio la biografía de Adolfo Suárez no pasaba de ser una muy malintencionada y superficial visión de quien desempeñó la Presidencia del Gobierno durante la transición; era un libro de circunstancias de esos que provocan el escándalo, pero que pueden arruinar a un autor. Prueba de la valía de Moran es el no haber sido sepultado por él. Pero prueba también de sus limitaciones es el libro que acaba de publicar, editado por Planeta. La verdad es que, en principio, la tesis parece interesante, por iconoclasta: frente a la autocomplacencia provocada por el modo en que se ha llevado a cabo la transición, Moran defiende la opinión que quienes la hicieron nos han cobrado un precio considerable dando la sensación de que nos hacían un favor. Se trataría, por tanto, de someter a ese proceso político que todo el mundo alaba a una crítica radical capaz de descubrir sus inconvenientes y sus caras menos positivas. El intento merece la pena incluso para quienes pensamos que el balance de la transición es netamente positivo, porque algunos aspectos del actual raquitismo de la política española están directamente vinculados con lo que sucedió en 1975-1978 o, al menos, en cómo aconteció.

Sin embargo, el lector pasa las páginas de este libro y no encuentra

en él argumento alguno de peso para justificar la crítica a la transición, a pesar de que bien obvio es, por ejemplo, que, al haberse hecho desde arriba (desde las alturas de la clase política), condujo a una desmovilización generalizada. Lo que encuentra es, en cambio, un pertinaz vapuleo propinado por el autor a cualquier persona que haya escrito dos líneas, acertadas o no, acerca de Historia o Política española, a todos los protagonistas de la vida pública e incluso a los periodistas. El malhumor cósmico de Gregorio Moran le hace considerar a los políticos como enanos y a los intelectuales como fascistas o seres despreciables, por ignorancia o cobardía. No hay un juicio positivo prácticamente sobre nadie y en tal desierto se erige Moran como dispensador gratuito de adjetivos condenatorios. En mi opinión sus pretensiones tienen muy poca justificación. En primer lugar, son bien patentes las insuficiencias de Gregorio Moran para practicar esta especie de crítica universal: lo más habitual es que, cuando arremete contra un especialista, ignore en realidad lo que éste ha escrito, bien por haberle leído incompleto o por no lograr entenderle (esto, por ejemplo, sucede de una manera patética con respecto a Linz). No ser capaz de ver más que miserias en los personajes de la vida pública española cuando se parte de una base tan frágil, es una pretensión excesiva. Por otro lado, no llega a saberse cuál es la alternativa que presenta Moran al modo en que la transición se hizo. A veces descubre Mediterráneos como, por ejemplo, que el Rey fue rehén de Franco o que no se ha producido verdadera transición en el mundo cultural. Bien, ¿y qué? Lo importante es que ha cambiado de modo sustancial el régimen político. ¿Desearía Moran que hubiera habido juicios por tribunales populares con fusilamientos de todos

los relacionados con el pasado, incluida la oposición? Ni siquiera llega a saberse, porque de este libro sólo queda la impresión de malhumor con la que el autor lo ha escrito. Es tan patente que ni siquiera llega a irritar, pero, por supuesto, quita las ganas de leer el próximo que Moran escriba. Si la opinión del crítico es decididamente negativa respecto al libro de Moran no se siente tampoco completamente satisfecho por el de *José María Carrascal*, «Adiós a la utopía. Ya es siglo XXI», Madrid, Espasa, 1991, 155 pp. Carrascal es, por supuesto, un periodista excepcional para lo que habitualmente se estila en España. Sus comentarios solían tener una evidente enjundia y obedecían a unos planteamientos ideológicos que están justificados por completo. Además en el libro que acaba de publicar se adivina la abundancia de sus lecturas (la de Paul Kennedy, por ejemplo); el mero hecho de que haya intentado hacer un diagnóstico de nuestro tiempo demuestra su altura. Carrascal ha preferido la descripción (y no es poco no errar en ella) que el diagnóstico o la enunciación de algunas tesis acerca del futuro. Lo que llama la atención del momento presente es la incógnita con respecto al futuro. Es obvio que la democracia ha triunfado y que el comunismo está difunto; lo es también que el mercado es el procedimiento para llegar al desarrollo y que hay un potencial desorden mundial. Pero eso no despeja todas las incógnitas respecto del futuro: Carrascal está demasiado convencido de que no sólo el comunismo, sino también el socialismo democrático está abocado a la desaparición y no deja claro qué capitalismo, de los varios que existen, será el del futuro. En su libro hay una actitud muy entusiasta con respecto a los Estados Unidos que es bastante habitual en la derecha española actual, pero hay también una interpretación acerca de este país



José María Carrascal.

que no estoy seguro que se corresponda con la realidad. El libro de Carrascal es, en definitiva, un intento meritorio, pero por desgracia insuficiente, que dice cosas muy ciertas, pero que queda por debajo de las exigencias que requeriría tan importante temática. El crítico, no muy satisfecho con este libro y definitivamente decepcionado con el de Moran, se ha refugiado en otros dos que

pueden ser integrados en el género del ensayo y que son de factura muy distinta. Me refiero a *Javier Marías*, «Pasiones pasadas», Barcelona, Anagrama, 1991, 237pp., y *Julio Llamazares*, «En Babia», Barcelona, SeixBarral, 1991, 233 pp. Se trata en realidad de colecciones de artículos publicados en diarios o revistas literarias de dos de los principales jóvenes narradores españoles.

Para el gusto del crítico se trata de dos libros excelentes de aquellos que el lector lamenta que, al pasar sus páginas, se esté acercando inevitablemente el final; además tienen la ventaja de permitir comprender mejor a sus autores que la simple lectura de sus artículos. Marías es ya un maestro de la descripción de ambientes y de personajes (por ejemplo, esos retratos que aquí incluye o los de carácter literario que hace con frecuencia en la revista «Claves»), en la evocación de la vida cotidiana del escritor y en un humor irónico y culto que convierte a alguno de sus artículos en verdaderas delicias. Los artículos de Llamazares nos ponen en contacto con una personalidad distinta, pero igualmente atractiva. Su mundo es el de una opinión más proclive al sarcasmo que a la ironía y, también, el del viaje y la aventura. A veces el lector tiene sensación de inanidad al enfrentarse con la nueva narrativa española; por eso hay que recomendarle la lectura de estos dos libros que pueden curársela.

### Historia

La selección que el crítico propone para la lectura en este número de CUENTA Y RAZÓN se basa en un criterio de cosmopolitismo y de relevancia para la interpretación del pasado español más reciente. Para ese objeto puede servir, por ejemplo, el libro de *Mercedes Cabrera*, Santos Julia, Pablo Martín Aceña, «Europa en crisis,

1919-1939», Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1991, 346 pp. La Fundación Pablo Iglesias tuvo el buen acierto durante el curso pasado de convocar a un grupo de eminentes historiadores contemporáneos, españoles o no, para ofrecerles la oportunidad de pronunciar una conferencia acerca de alguno de los aspectos de la Historia europea que mejor conocen. Ahora, pasados unos meses, la misma entidad ha publicado el resultado de esta convocatoria en un tomo que tiene a su favor el suficiente grado de especializa-



Javier Marías.

ción y un lenguaje accesible a un público más amplio, lo que permite recomendarlo para un lector de un cierto nivel de cultura y de preocupaciones de carácter general.

La selección de los convocados resulta ciertamente impresionante porque entre ellos figuran algunos de los especialistas con una obra más brillante y digna de alabanza en el momento actual, como, por ejemplo, Adrián Lyttelton, Rene Remond, Enzo Collotti, Juan José Linz y Aldo Agosti, autores todos ellos de libros que bien pueden calificarse de decisivos. El período elegido para centrar estas conferencias reviste un

especial interés, pues se trata del que se inicia en el final de la primera guerra mundial y concluye en el estallido de la segunda; es una etapa decisiva en la que hay cuestiones tan candentes e irresueltas como el impacto de la crisis económica, el ascenso del fascismo y la transformación del movimiento obrero. El enfoque con que se hizo la convocatoria también merece alabanzas porque no parece haber obedecido a un criterio diferente de la calidad, lo que resulta especialmente digno de elogio tratándose de una convocatoria auspiciada por una fundación de carácter político. Finalmente merece la pena elogiar también otro aspecto de este libro: de hecho, gracias, entre otras cosas, a los comentarios de profesores españoles a los textos de las conferencias, España aparece siempre como telón de fondo de cuanto se trata con carácter general para Europa, de modo que es posible tener una visión menos provinciana de cuanto aconteció en nuestro país en esta etapa crucial. Tan sólo habría que hacer una crítica al libro, y ella por una ausencia más que por una falta de calidad: lo lógico es que en este tomo hubiera habido también un tratamiento de la política internacional del período que no en vano concluye con un conflicto después de iniciarse con el final de otro. Las temáticas abordadas en este

libro son lo suficientemente amplias como para que no tenga demasiado sentido desmenuzarlás de manera crítica. Quizá los aspectos de interés más general y aquellos que atañen de manera especial a España son aquéllos a los que se refieren los textos de Shlomo Ben Ami y Juan Linz, que versan, respectivamente, acerca de la dictadura de Primo de Rivera y el fin de la democracia que en España se produjo en 1936. Ben Ami, muy buen conocedor de la historia de la dictadura española, establece una comparación entre ésta y otros regímenes semejantes de la Europa de la época, principalmente en los Balcanes. Su interpretación es siempre muy aguda: esos regímenes pretendieron una movilización controlada mediante partidos políticos oficiales y procuraron detener el camino hacia la democracia; por lo tanto, no fueron el producto tan sólo de un golpe de fuerza fáctico, sino que empezaron a abrir el camino hacia dictaduras más estables. En lo que Ben Ami exagera probablemente es en la consideración de la dictadura primorriverista como antecedente del régimen de Franco. En cuanto a Juan Linz, insiste en sus interpretaciones acerca de la quiebra de la democracia que han proporcionado a historiadores y sociólogos un esquema conceptual del mayor interés para la comprensión del fin de la Segunda República. En esta aportación concreta señala cómo, en realidad, hubo en muchos países la posibilidad de un «reequilibrio» de la situación política en sentido democrático a pesar de todas las tensiones de los años 30. Mucho más que en políticas concretas (relativas, por ejemplo, a la forma de enfrentarse con la crisis), el reequilibrio se basó en factores estrictamente políticos. De ello se deduce, en definitiva, que también esa posibilidad estuvo abierta en España hasta un momento muy tardío.



Julio Llamazares.

Por supuesto, un libro de esta categoría merecería un comentario mucho más extenso. No pueden pasar sin alabanza, por ejemplo, las contribuciones de Santos Julia y Juan Pablo Fusi en este volumen que demuestran que también los profesores españoles son capaces de síntesis cosmopolitas y muy al día acerca de la Historia europea contemporánea. Se trata, pues, de una excelente iniciativa que el crítico gustaría de ver reproducida en otras etapas de la Historia contemporánea. Idéntico criterio de cosmopolitismo que en el libro colectivo que acabamos de citar, derivado a la vez de la utilización de una metodología sofisticada y de un planteamiento de los problemas españoles en un contexto más amplio, se da en *Jordi Palafox, «Atraso económico y democracia. La Segunda República y la economía española, 1892-1936»*, Barcelona, Crítica, 1992, 348 pp. Una de las cuestiones más apasionantes de la Historia contemporánea española se refiere a aquellos factores que pudieron producir en su momento la quiebra del sistema republicano. Entre ellos, como es lógico, se ha mencionado con frecuencia el impacto que sobre la situación española tuvo la crisis de Wall Street. De todos es

bien conocido que Hitler pudo llegar al poder merced principalmente al impacto en Alemania de la crisis de 1929 y, en lógico parangón, no han sido escasos los historiadores españoles que se han preguntado acerca de la posibilidad de que el caso se haya dado también en España. Sin embargo, hasta el momento las interpretaciones que, acerca del particular, se han dado por parte de los historiadores de la economía han sido negativas respecto de la primacía que se pueda conceder a este factor económico. Ya Vicens Vives señaló que el impacto de la crisis había sido menor en España, y casi todos los historiadores que han abordado tras él la cuestión han repetido esta opinión. El último trabajo monográfico de investigación publicado acerca de este importante tema es el de Jordi Palafox, que empieza por tener el mérito de no pretender imponer al lector ese lenguaje esotérico que por desgracia es mercancía habitual entre los historiadores de la economía. En esencia, su criterio viene a ser coincidente con el de quienes han estudiado la cuestión con anterioridad. La crisis tuvo mucho menor impacto en España que en otros países: si se produjo una contracción muy fuerte en el comercio exterior (un 45 por 100 en 1935), sin embargo la situación de restricción en el desarrollo de las transacciones internacionales fue compensada

parcialmente por el descenso en la cotización de la peseta. Sin embargo, la situación de la economía mundial tuvo para España un efecto peculiarmente negativo en cuanto que privó de capacidad de expansión a los sectores más expansivos y modernos destinados a la exportación, mientras que fomentaba en aquéllos más retardatarios (los de carácter agrario y cerealístico) a una actitud defensiva a ultranza. Cualquier proyecto de apertura liberalizadora o modernizadora y de disminución de la protección arancelaria, como el que fue intentado en un comienzo por los republicanos, estaba condenado al fracaso. Pero éste fue acentuado por la actuación en política económica de todos los gobiernos. La opinión de Palafox es resueltamente crítica respecto del tratamiento dado a la crisis tanto por parte de los gobiernos de centro-izquierda como los de centro-derecha. Los primeros erraron principalmente en mantener una política fuertemente deflacionista y de equilibrio presupuestario contrayendo el gasto público en inversiones hasta el extremo de que Prieto prometió no construir un kilómetro más de ferrocarril; lo hicieron por un prurito de evitar ser acusa-



Juan Pablo Fusi.



Ramón Menéndez Pidal.

dos de dispendios y alegrías presupuestarias como en la época de la dictadura. Pero esa contracción del gasto público se producía al mismo tiempo que una brutal disminución de la inversión privada causada por la elevación de los salarios y el nivel de vida, que incrementó paralelamente los gastos de las empresas. En cuanto a los gobiernos de centro-derecha, mantuvieron la misma política presupuestaria o la acentuaron y olvidaron por completo la política industrial para concentrarse en el mantenimiento de los precios del trigo en un momento en que además dos grandes cosechas lo dificultaban de manera extraordinaria. Aquí radica la única posible crítica que se le ocurre al reseñador respecto de este libro: se atribuye esa política económica a la CEDA, cuando en realidad lo era de los sectores agrarios más conservadores y no de ella; por otro lado, merece la pena recordar que el giro en el sentido indicado se produjo a partir del momento en que el impacto de la revolución de 1934 alteró las bases más esenciales de la vida política republicana.

El resultado, de cualquier modo, fue un fracaso absoluto de la dirección política. La crisis económica tuvo menos impacto que en

otros sitios, pero los dirigentes españoles fueron también menos brillantes que en otras latitudes. De esa manera puede concluirse que el resultado final fue idéntico que si el impacto hubiera sido muy grande.

### Biografía

Nuestro recorrido por las novedades bibliográficas concluye en otro género que las circunstancias y la sensibilidad del momento han puesto de moda, como es la biografía. Dentro de ella es preciso hacer mención de un libro que sería lamentable que pasara desapercibido: *Joaquín Pérez Villanueva, «Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo», Madrid, Espasa-Calpe, 1991, 571pp.*

La aparición de la biografía de Ramón Menéndez Pidal escrita por Joaquín Pérez Villanueva constituye una grata e importante sorpresa. Se trata de una de esas personalidades cumbre de la Edad de Plata de la Cultura española que no han tenido hasta el momento un estudio acerca de su trayectoria intelectual en el marco de la España de su tiempo; era una lamentable carencia, pues si de personas como Unamuno, Ortega y tantos otros tenemos abundantísimos estudios, Ramón Menéndez Pidal, que los presidió a todos en instituciones y activida-

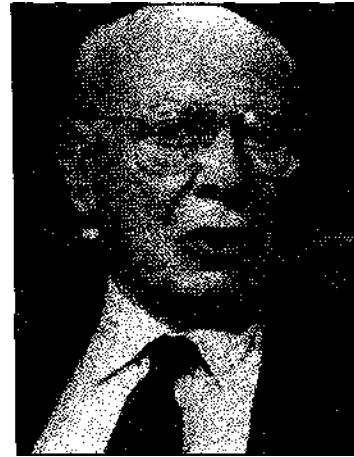
des, carecía de esta biografía intelectual. Además la grata sorpresa lo es doblemente cuando se descubre en este libro la existencia de una abundante documentación privada en forma de cartas y de anotaciones personales que son el instrumento de trabajo imprescindible para que un buen biógrafo pueda llevar a cabo su trabajo. La personalidad de Menéndez Pidal aparece descrita con trazos que recalcan, ante el lector, su peculiaridad. Era un hombre de la generación del 98, pero muy lejano del masoquismo característico de ella; fue, además, un precursor de la generación siguiente, la de 1914, en su cultivo de una ciencia especializada (en su caso, la filología) de forma metódica y con rigurosos criterios técnicos. Procedente de una familia de significación católica y conservadora, representó, sin embargo, en la España de su tiempo un tipo humano y un talante característico del intelectual de la Institución Libre de Enseñanza. Su ingente obra se desbordó por el campo no sólo de la Filología, sino también de la Historia. Sus aportaciones en estos dos terrenos conservan pleno valor, pero mayor importancia aún que eso la tiene el haberse convertido en el mentor de una generación intelectual dedicada a la Filología de valor difícilmente superable.

Fue, además de un filólogo, un intelectual cuyas concepciones acerca del ser de España, justificadas con una amplísima erudición, entraron a menudo en conflicto con las de ensayistas, historiadores y filósofos. En sus polémicas desde los años 20 a los 50 defendió la existencia de una peculiaridad española desde tiempos remotos anteriores a la llegada de los romanos (frente a Castro, por ejemplo) o del papel de los godos en la Historia española, en contra de Ortega. Lo esencial en él era, en cualquier caso, la idea del nacionalismo español fundamentado en una visión ex-

tramadamente castellanista. Llama la atención hasta qué punto las principales intervenciones en polémicas intelectuales y políticas estuvieron centradas en la apología de Castilla. Durante la República Menéndez Pidal llegó a escribir una frase que revela en toda su magnitud el centralismo que le caracterizaba: «Federarnos es algo parecido a divorciarnos.» Por supuesto este tipo de concepciones, que él siempre defendió de una manera apasionada y nerviosa, están muy superadas, pero lo verdaderamente relevante no es su contenido y su justificación, sino el hecho de su existencia. Menéndez Pidal evitó, a diferencia de la mayor parte de los intelectuales más conocidos de su tiempo, una directa implicación en la vida pública. Fue, por el contrario, ese género de personaje que presidía instituciones muy diversas con el consenso de todos. Sin embargo, su posición liberal brilló en los momentos más trascendentes de su vida: para oponerse al dictador Primo de Rivera, repudiando suscribir manifiestos de adhesión al Frente Popular durante la guerra civil y exiliándose y firmando escritos a favor de la oposición intelectual a partir de los años 50 en el interior de España. Desde su desaparición en 1968, nuestro país ha carecido de un intelectual que, como él, fuera la expresión de todos y, como tal, capaz de convertirse en símbolo de la dedicación al trabajo humanista para la construcción de una España mejor. Pérez Villanueva ha escrito una biografía erudita, abundantísima en datos nuevos y captadora del ambiente del tiempo. Quizá en ella hay algunas repeticiones y el lector hubiera deseado una discusión de algunas de las concepciones centrales de don Ramón. Pero, en cualquier caso, su libro está muy por encima de lo habitual en el género biográfico español del momento presente. A esta biografía de un personaje

clave de la Cultura española podemos sumar la de otro también trascendental de la Cultura universal. El libro de *Bruno Bettelheim*, «*El peso de una vida. "La Viena de Freud" y otros ensayos autobiográficos*», Barcelona, Crítica, 1991, 242 pp., no es en realidad unas memorias, sino tan sólo una recopilación de artículos; ésa es la razón por la que no figura en el apartado citado, sino en éste. Sin embargo, de hecho viene a resultar una biografía, aunque lo sea por procedimientos indirectos. En todos los artículos, aun presentando las cuestiones desde una óptica objetiva y externa, el conocido psiquiatra en el fondo lo que hace es referirse a su experiencia propia; no escribe autobiografía, pero parece escribir una biografía de alguien que es él mismo.

Tres son las cuestiones fundamentales de las que versa el libro: la infancia y el psicoanálisis ante ella, los judíos y los campos de concentración, tan vinculados con su propia experiencia, y sobre todo el ambiente en que nació el psicoanálisis: «La Viena de Freud», el primero de esos artículos, es una magistral evocación de las condiciones históricas, sociales y culturales, que hicieron posible el psicoanálisis y, en general, una eclosión creativa tan espectacular como la que tuvo lugar en el ocaso del Imperio austro-hún-



**Bruno Bettelheim.**

garó. Su lectura resulta apasionante, aunque en el artículo el elemento personal se desvanece casi por completo.